

La izquierda brasileña y sus enigmas

¿Qué estrategia para cuál izquierda?

La izquierda frente al enigma nacional

Desde que se constituyó como fuerza propia, a partir de los años veinte, la izquierda brasileña enfrentó situaciones muy diferenciadas: de la clandestinidad de aquella década frente a un régimen oligárquico-liberal a la disputa de hegemonía con el getulismo hasta la alianza con él y su modelo de desarrollo, volviendo a la clandestinidad durante la dictadura militar; de la breve tentativa de resistencia militar a la alianza con la oposición liberal; y finalmente, hasta la actualidad, la situación de lucha dentro de la legalidad por una democracia con inclusión y justicia social.

En esta trayectoria, la izquierda se enfrentó con modelos hegemónicos diferentes, disputando la hegemonía dentro de o contra los mismos, pero en general sin un proyecto propio. La línea original, "clase contra clase", heredada de la revolución rusa, en ese entonces recién victoriosa y reforzada por el "tercer período" de la Internacional Comunista, no se basaba en un enraizamiento en la realidad latinoamericana y brasileña, y tampoco aquella primera generación de intelectuales marxistas produjo interpretaciones que permitiesen tal enraizamiento. Las tensiones sociales y movilizaciones de los años veinte fueron encaradas con cierto desconcierto por parte de los partidos de izquierda, que no tenían en claro en dónde situarse frente a de las movilizaciones de los tenientes, de la Columna Prestes y, finalmente, de la ascensión del getulismo y de la "revolución de 1930". La represión, la infiltración policial, la crisis de 1929, contribuyeron a que la izquierda fuese atrapada en un momento de particular debilidad, cuando los tenientes llegaban a Rio para iniciar una etapa crucial en la historia brasileña.

Mientras este período se abría aquí, en Europa se consolidaba la ola contra revolucionaria, con fuertes raíces en Italia, Alemania, España y Portugal, lo que llevaría a la Internacional Comunista a definir un viraje para un período defensivo, en su VII Congreso, proponiendo líneas de "frente popular contra el fascismo". En Brasil esto tuvo dos efectos inmediatos: consolidar el distanciamiento en relación a Getúlio (con las tentaciones, consolidadas en la Argentina con Perón, de definirlo entre nosotros como expresión del fascismo ascendiente) y la concretización del proyecto de la Alianza Nacional Libertadora. La ANL estuvo a caballo entre el período anterior -de "clase contra clase"- y la línea de frentes populares. Sus formas de lucha insurreccional -adecuadas para el liderazgo que Prestes traía del *tenentismo* y por ende con un pie dentro de los cuarteles- eran levantadas con banderas nacionales y democráticas, típicas del nuevo período. Su derrota engendró las condiciones para el nuevo período, de alianza con un modelo hegemónico nacional desarrollista, que se mantendría hasta el golpe de 1964.

El pasaje a esta línea se concretizaría en el marco del pacto político -"gattopardista", según la antológica expresión acuñada por el minero Antonio Carlos, "Hagamos la revolución antes que el pueblo la haga"- de la "revolución de 1930", que tuvo dos consecuencias sustanciales para la izquierda: una buena, con limitaciones, y la otra francamente mala. La primera fue la legalización de la lucha sindical, aunque en el marco de una legislación sindical que feudalizaba orgánicamente los sindicatos al Estado. Para una lucha que hasta entonces era considerada "caso de policía", era un avance, abría un espacio de acumulación de fuerzas, aunque atentase frontalmente contra la capacidad del movimiento obrero a través de esa estructura sindical, con el fin de conquistar autonomía y servir de palanca para que la izquierda disputase la hegemonía nacional. Éste fue un factor limitante que sobreviviría hasta el golpe de 1964, cuando el Estado, que había abierto espacios para ese movimiento sindical se volvió su enemigo frontal, y aquella izquierda, que había afirmado su legitimidad por su arraigo en el movimiento sindical tuvo su muerte decretada. Pero éste fue el primer espacio de acumulación social de fuerzas en términos de masas y de carácter nacional en la historia brasileña. Fue una alianza eminentemente subordinada, por las características apuntadas, pero también por el

proyecto político de la izquierda, como veremos enseguida, pero que rindió sus frutos, aunque en aquel marco predeterminadamente subalterno.

La otra consecuencia fue desastrosa. La decisión del pacto de las élites de no tocar las estructuras del campo condenó al campesinado a un aislamiento con relación al proletariado urbano, a la soledad anónima de la represión y de la inviabilidad de cualquier espacio de lucha con presencia nacional. Si las consecuencias económicas fueron determinantes para imponer el carácter de sociedad más injusta del mundo (ya sea en la transformación de la cuestión esclava en la cuestión agraria, por la consolidación del latifundio, primero con la Ley de Tierras y enseguida con esa intangibilidad de la propiedad agrícola, como contraprestación de la aceptación de un proyecto que garantizaba los precios rurales en una situación de crisis a cambio de la abertura de espacios para la transición en la dirección de la hegemonía de un proyecto de industrialización), las sociales fueron catastróficas para la izquierda.

La alianza obrero-campesina, que tendría un peso social determinante en un país que continuaría con la mayoría de su población en el campo por al menos tres décadas más, sufrió un golpe mortal. Si los campesinos quedaron relegados a la fragmentación y a la pasividad, los trabajadores urbanos fueron presas más fáciles de la legislación del trabajo y de la hegemonía getulista. Si consideramos que se trataba de una clase obrera todavía en proceso inicial de constitución como clase -al contrario de Argentina, donde Perón asciende quince años más tarde, frente a una clase obrera con varias décadas de lucha y con dos partidos, el socialista y el comunista, con bases obreras constituidas en un sindicalismo de fábrica-, esta orfandad la torna aún más frágil delante de una poderosa legislación y de un aparato estatal con fuerte capacidad de encuadramiento.

La alianza del Partido Comunista -la fuerza hegemónica en la izquierda- con el getulismo se concretó no en torno de la resistencia antifascista, sino del "nacionalismo" embutido en el proyecto de desarrollo industrial anclado en la "sustitución de importaciones" y "vuelto para adentro". Es en ese marco que el Partido Comunista Brasileño localizará los objetivos centrales de la izquierda, en la lucha contra el latifundio y contra el imperialismo, lo que posibilitaría también, según esta línea, una alianza con la "burguesía industrial", "objetivamente interesada" en librarse de los obstáculos para la instauración plena del capitalismo industrial en Brasil.

Las dos fuerzas, Partido Comunista y getulismo, tienen en común, entre otros aspectos, privilegiar la cuestión nacional en detrimento de la cuestión democrática. De forma similar al modelo soviético del socialismo, el acento estaba puesto en los planes económico y social. El abandono del plan democrático dejaría para la derecha -con la versión liberal- ese tema, que sería el eje principal de la oposición al bloque nacionalista.

Además, la hegemonía en la alianza estaba predeterminada: era ejercida por una burguesía nacional cuyos intereses, en realidad, no la constituían como una fuerza autónoma en relación al latifundio y al imperialismo, a los que ella supuestamente debería combatir, en una alianza con el proletariado y con las camadas medias. El error de análisis y de práctica tuvo un alto costo para la izquierda y el movimiento popular: el golpe militar y, más que éste, la prácticamente inexistente resistencia por parte de un movimiento no preparado para un golpe que unió el conjunto de la burguesía al imperialismo.

El período se cerraba, y con él el protagonismo del Partido Comunista dentro de la izquierda. Su línea enfrentaba obstáculos irremontables, mientras su base social, el movimiento sindical, que le confería legitimidad política, veía al Estado pasar de aliado a enemigo frontal, razón por la cual sería violentamente reprimido y desarticulado.

La izquierda frente al enigma democrático

En el período en conjunto, la izquierda tuvo que encarar primero el carácter del capitalismo en Brasil, discusión que tuvo en la obra de Caio Prado Jr. su referencia más esclarecedora, apuntando al papel central del colonialismo y de la esclavitud, con sus efectos posteriores, en la historia del país. La vertiente más importante de la izquierda, el Partido Comunista Brasileño, no incorporó esa visión, transponiendo de forma esquemática la secuencia de los modos de producción europeos a la periferia del capitalismo, lo que derivaría en la priorización de la lucha por el pasaje de una sociedad feudal a la capitalista. De allí el protagonismo de la burguesía industrial en esta etapa histórica.

La contraposición a esta visión se consolidó políticamente a partir del surgimiento de la revolución cubana, que colocaría al socialismo en el orden del día del continente, y así abriría no sólo un panorama histórico distinto, sino también formas de lucha insurreccional como vías para su instauración. La contraposición entre reforma y revolución se congeló, dificultando la unidad de la izquierda en sus distintas vertientes y también la puesta en práctica de plataformas que articularan la lucha por una y por otra en un marco estratégico común. Lo mismo ocurriría con las formas de lucha, institucional e insurreccional, fuertemente contrapuestas.

Estas contraposiciones rígidas dificultarían un enfoque dialéctico de la cuestión democrática, provocando cristalizaciones entre posiciones de culto y limitación a los marcos de la institucionalidad existente, y aquellas de rechazo en bloque de los marcos legales en su conjunto.

A este problema se agregaría otro enigma para la izquierda: la cuestión nacional, encarnada por el getulismo y por su ideología nacionalista. La vertiente principal de la izquierda se identificó globalmente con esa visión, en el marco de la lucha antiimperialista, subordinándose a la hegemonía de un proyecto de desarrollo industrial capitalista en el cual el campesinado permanecía aislado y gran parte del proletariado urbano quedaba excluida del movimiento sindical y, con él, de la lucha social y política.

Cuando el golpe de 1964 revirtió los términos de las dos cuestiones -la burguesía brasileña en su conjunto se integró a un proyecto de desarrollo internacionalizado-, la izquierda estaba muy debilitada por la derrota política y por la represión para poder afrontar las consecuencias de las nuevas condiciones históricas de lucha.

Además, la victoria de la revolución cubana -como sucede con todas las revoluciones victoriosas, por ejemplo la rusa y de la china- proyectó una alternativa que parecía responder a las carencias de la izquierda frente al golpe militar y de la dictadura. Al cierre de los espacios legales, la lucha insurreccional de la guerrilla urbana y rural; al agotamiento del proyecto de desarrollo nacional, el socialismo. Se cerró precozmente el proceso de debate sobre las causas de la derrota en 1964 y las nuevas perspectivas de lucha, y se abrió rápidamente un contexto de lucha guerrillera, exactamente en el momento en el que la izquierda se encontraba más debilitada en términos de enraizamiento social.

La derrota relativamente rápida de las tentativas insurreccionales abrió el campo para que la oposición a la dictadura fuese hegemonizada por fuerzas democrático-liberales, en el comienzo de una lucha institucional. El liberalismo pasó a dictar los términos del debate, y la izquierda, sin proyecto propio, una vez más, se definió en función de ellos.

La existencia de la dictadura planteaba la cuestión democrática inequívocamente como central. La oposición dictadura-democracia ganaba evidencia, y con eso se desplazaban o prácticamente se cancelaban las otras dimensiones de los debates sobre los destinos de Brasil: el proceso de acumulación, la cuestión nacional, los enfrentamientos de clase, la crisis del Estado.

Todo parecía subordinarse a la lucha por la democracia, lo que justificaba cualquier tipo de alianza, con cualquier sector de la burguesía o con gobiernos norteamericanos, sin que la cuestión de la hegemonía, la autonomía de las fuerzas de clase y un proyecto de naturaleza social diferenciado fuese abordada como central. Las tesis de la "democracia como valor universal" de Carlos Nelson Coutinho tuvieron un papel importante y representaron un desafío casi nunca aceptado en sus términos reales por la izquierda. Las interpretaciones tendieron a variar, desde la disolución de la democracia en los marcos del liberalismo⁴⁶ al rechazo de los términos propuestos como fetichizantes de la democracia. Fue así desperdiciado el momento para un acierto de cuentas con la cuestión democrática, por tanto tiempo escamoteado desde la alianza con el getulismo y los proyectos insurreccionales. La dicotomía reforma/revolución podría haber encontrado a partir de este debate frustrado una formulación rica, precisamente cuando comenzaba un nuevo período de lucha, en el que el desafío de la lucha institucional se reactualizaría.

Al mismo tiempo, como llamó la atención José Luis Fiori⁴⁷, la izquierda entraba en los años ochenta sin conciencia de la profundidad de la crisis de Estado del Brasil. Se juzgaba que se trataría apenas del agotamiento de una forma de dominación política, la dictadura militar, lo que pondría en las manos de la democracia la posibilidad de resolución de todos los problemas

pendientes en el país. No había conciencia de que se había agotado un modelo de acumulación que transformó radicalmente a la sociedad brasileña en las cinco décadas anteriores, pero que, por el propio pasaje del capitalismo a un largo ciclo recesivo, se había agotado. La crisis, por lo tanto, era mucho más profunda que simplemente una cuestión de régimen político, como quedaría claro en las dos décadas siguientes.

Así, la llamada democratización, hegemonizada por la ideología liberal -expresada en la teoría del autoritarismo, cuyo autor principal fue Fernando Henrique Cardoso- instauró en Brasil una especie de estado de derecho, con la afirmación, por primera vez, de algunos derechos elementales como el de la existencia de centrales sindicales, pero sin alterar en nada las estructuras económico-sociales de poder tal como habían sido consolidadas durante la dictadura militar. Una bomba de tiempo estaba instalada, un modelo de acumulación agotado daba lugar a políticas económicas de corto plazo que corrían atrás de los déficits externos y de la inflación, mientras una intensa lucha social se desarrollaba para ver quién pagaría los costos más caros de la crisis económica.

La izquierda frente al enigma del neoliberalismo

Las dos décadas desde el agotamiento del modelo de desarrollo económico y de las formas dictatoriales de organización del poder político fueron las de mejor desempeño de la izquierda en Brasil. El surgimiento de una nueva generación en la clase trabajadora brasileña, al lado de la multiplicación de fuerzas que lucharon por los derechos sociales y civiles y de una intelectualidad crítica, junto a un nuevo ciclo de movilización de los trabajadores rurales y de la generación de una camada de políticos renovadores, especialmente en el Partido de los Trabajadores, posibilitó avances significativos. Entre ellos es necesario destacar la fundación de la Central Unica de los Trabajadores, el surgimiento del Movimiento de los Sin Tierra, la novedad de administraciones públicas, especialmente municipales, y en particular en Rio Grande del Sur, comprometidas con la democratización radical del Estado, y la elección de bancadas combativas y competentes en los diversos planos del legislativo, entre otros avances. Las candidaturas de Lula a la presidencia de la República sintetizan los avances y las limitaciones de la izquierda brasileña hasta aquí.

Si inicialmente el PT -que expresa de forma más significativa la nueva izquierda de los años ochenta y noventa en Brasil- predicaba un "socialismo" que se contraponía al "capitalismo", sin que esos términos fuesen precisados -salvo el rechazo del modelo soviético y la reivindicación de un "socialismo con democracia", que igualmente pronunciaba su diferenciación en relación a la socialdemocracia europea-, en la práctica, poco a poco, fue asumiendo otra identidad. Si en la primera elección en que participó el PT prácticamente pedía disculpas por candidatearse, de forma gradual pasó a convivir naturalmente con el proceso democrático, sin definir objetivos y asumiendo su potencial y sus limitaciones. Se abrió un espacio de definición, por las vías de hecho, de una estrategia institucional que se complementaba con dos ítems que se tornarían centrales en las campañas de Lula: la "justicia social" y la "ética en la política". La campaña presidencial de 1994 -la más articulada de ellas- tuvo en esos dos ejes su sustentación -las "caravanas" de Lula abordaban el tema "justicia social" y su vice, José Carlos Bisol, encabezaba las campañas contra Collor, dando más énfasis al segundo elemento.

La complementariedad entre los dos aspectos significaba ampliar el espacio democrático y extender los derechos sociales del conjunto de la población. No era necesario decir que todo se daba dentro del marco del capitalismo, aunque eso no fuese explícitamente asumido. La propia ausencia de un análisis de la sociedad capitalista hacía pensar que el Partido de los Trabajadores había cedido a la idea de que las "grandes narrativas" eran imposibles. Toda la problemática económica era inducida de los debates colocados por el *establishment*, al cual el PT se contrapuso, aunque sin definir alternativas, salvo las de carácter coyuntural, como la "centralización del cambio", en la campaña de 1998, o las propuestas cautelosas de "renegociación" o "alargamiento" de la deuda externa. A pesar de que los debates sobre el socialismo fueron retomados como iniciativa de la intelectualidad de la vieja guardia (Antonio Candido, Francisco de Oliveira y Paul Singer), los mismos no resultaron en una discusión sistemática sobre el capitalismo, el anticapitalismo y el socialismo en Brasil.

Es como si la izquierda brasileña aceptase sin decirlo los términos propuestos por Fukuyama: el marco histórico contemporáneo se limitaría a la democracia liberal y a la

economía capitalista de mercado. La campaña electoral de 1994 -centrada, como fue dicho, en la lucha contra la exclusión social y por la ética en la política- dejó de lado la crisis de acumulación y la crisis del Estado brasileño, generando un vacío en el cual penetró la alternativa neoliberal de centralización de la política económica en el ajuste fiscal y en la reforma privatizante del Estado.

El capitalismo no fue tematizado y, con él, Brasil, el anticapitalismo y el socialismo. El Partido de los Trabajadores se vio prisionero de la dicotomía entre una temática económica coyuntural tendiente al economicismo, con respuestas puntuales a problemas emergenciales, y una visión de rescate social del país desvinculada de las condiciones materiales de producción. Las respuestas económicas, minimalistas y coyunturales, no dieron cuenta de la formidable reestructuración de la economía interna y de reinserción internacional y necesarias a la construcción de una sociedad socialmente justa y políticamente democrática y soberana, como el partido afirma desear.

La expresión más clara de esto parte de la propuesta asumida por Cristovam Buarque, que tuvo el coraje de llevar esa lógica a sus extremas consecuencias: manutención de la actual política de estabilidad monetaria e incluso de los responsables de ella, Pedro Malan y Armínio Fraga, y énfasis en las políticas sociales. Se desconoce que esta forma de estabilidad monetaria es esencialmente recesiva y que el tipo de distribución de renta que ella podría haber propiciado fue realizado en el inicio y se agotó hace tiempo.

Es el mismo tipo de posición de la llamada "tercera vía", que, encarnada en América Latina por Vicente Fox, Ricargo Lagos, Fernando de la Rúa, Ciro Comes y los otros firmantes del documento del Consenso de Buenos Aires, anhelaba compatibilizar la prioridad de la estabilidad monetaria con la reconquista del desarrollo económico, creación de empleos, extensión de las políticas sociales, etc., pero rápidamente "se dio de bruces". La dilapidación en pocos meses del capital electoral por parte del entonces presidente argentino Fernando de la Rúa es prueba de ello. Todo porque el actual modelo económico es esencialmente recesivo y, si la estabilidad monetaria no es reformulada, reinsertada en un plano macroestructural, más allá de un manejo monetarista, siempre reproducirá e intensificará las fragilidades externas.

Esta perspectiva, además, fue la defendida en las elecciones presidenciales de 2002 por Ciro Gomes, el heredero más directo de esa tendencia en Brasil, así como por el candidato gubernista, incluso porque la simple estabilidad monetaria ya no era suficiente para elegir un presidente, como la propia reelección de Fernando Henrique Cardoso demostró, cuando éste acabó prometiendo sin poder cumplir. Esta visión correspondía, según los estudios a la opinión media de los brasileños en aquel momento: valorización de la estabilidad monetaria y requerimiento de políticas sociales, empleos, seguridad pública.

Pero el principal argumento contra estas políticas no es que ya tienen quien las defiendan, sino su limitación en el marco actual del modelo económico neoliberal y, por tanto, su incompatibilidad con desarrollo económico, justicia social, democracia política, soberanía nacional. Para romper con ese dilema es necesario abandonar el enfoque fragmentado, que piensa la cuestión económica desvinculada de la social y de la política, tanto nacional como internacional. En suma, la izquierda necesita de una nueva interpretación del Brasil -de su evolución histórica, de la naturaleza de su formación social, del carácter de la hegemonía dominante y de los bloques en el poder- para estar en condiciones de tener una estrategia propia.

Venciendo sin contar con esas armas, se condena al riesgo del dilema entre fracaso y capitulación. Fracaso, que significa el combate a la crisis económica con planes coyunturales con carácter economicista, financiero, fragmentados, complementados por programas sociales desvinculados de una forma de organización de la economía y de inserción internacional, lo que acabaría frustrando las posibilidades de construcción de una política pos-neoliberal. O capitulación, enredándose en la malla de la "tercera vía" y oxigenando el neoliberalismo con un pulmón suplementario.

La izquierda y la crisis hegemónica

¿Cuál es el enigma del neoliberalismo?

No se trata de una política económica ni de un programa de un gobierno nacional. Se trata de un proyecto hegemónico internacional, que tiene en la supremacía norteamericana su agente fundamental y en el “libre comercio” su ideología. Su implementación en las dos últimas décadas no sólo transformó la correlación de las fuerzas económica y política mundiales sino que impuso también nuevos valores ideológicos y reorganizó profundamente las relaciones sociales, al mismo tiempo que redefinió las relaciones de poder en el plano internacional.

En el caso de Brasil -aún en un resumen demasiado sintético- podemos decir que se alteró profundamente su inserción internacional, consolidándose un perfil primario-exportador, con disminución significativa del peso en el comercio internacional, con pérdida de importancia política, con relaciones de subordinación en relación al gobierno de Estados Unidos, al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial, a la Organización Mundial del Comercio. En el plano interno, el Estado brasileño perdió capacidad productiva y de regulación, empeoró sustancialmente su capacidad de prestación de servicios sociales -él mismo se vio profundamente financiarizado.

En el plano social, se extendió ampliamente la informalización, expropiando el derecho esencial a la cartera de trabajo de la mayoría de los trabajadores, mientras en la cúpula se consolidó la hegemonía del capital financiero. En el plano intermedio, las capas medias se escindieron profundamente y sus sectores mayoritarios fueron empujados hacia abajo. En los planos ideológico y cultural, la sociedad fue intensamente penetrada por los valores del individualismo y del consumismo. ¿Cuál es la naturaleza de la crisis producida por el neoliberalismo? Es una crisis de crecimiento económico, ciertamente, ya que los índices de expansión de la economía no solamente contrastan con aquellos de las décadas de 1930 a 1970, sino que todavía son menores que los de la llamada “década perdida”, la década de 1980. Pero, ¿se trata simplemente de una crisis de desarrollo, en un ciclo expansivo, interrumpido por un reajuste de los factores productivos?

Sería incurrir en el error apuntado anteriormente considerar al neoliberalismo meramente una política económica, de la cual se podrían recoger algunos elementos -la forma de estabilidad monetaria, metas inflacionarias, eventualmente hasta la independencia del Banco Central- y reorientar otros de sus elementos -bajar la tasa de interés, incentivar la exportación, no privatizar más, imponer ciertos grados de regulación en el sector de prestación de servicios públicos privatizados.

Sería desconocer la naturaleza misma del neoliberalismo, la dimensión y la profundidad de las transformaciones que él operó -en suma, no comprender que se trata de un modelo hegemónico, que cruza la economía, la política, las relaciones sociales y la ideología, redefiniendo radicalmente las relaciones de fuerza internacionales y el lugar de cada país, en especial aquellos que, como Brasil, habían conseguido abrir espacios de expansión relativamente definidos.

Brasil vive, en la entrada del siglo XXI, el agotamiento de las políticas neoliberales y la posibilidad de la sustitución del consenso actual por otro. La crisis no es una crisis económica, aunque, siendo de naturaleza hegemónica, esto es, de dirección general de la sociedad, también sea económica. Encararla básicamente como crisis económica -y por eso los documentos partidarios suelen ser sometidos a economistas y luego discutidos y “complementados” por otros especialistas, que le agregan aspectos sociales, culturales, etc.- implica aceptar los términos por los cuales es actualmente encarada por sectores del *establishment*: como una crisis de financiación del desarrollo y/o como una crisis fiscal. Se aceptarían de esta forma los términos del economicismo reinante, dándole apenas un enfoque distinto: “desarrollista”.

Es cierto que la lucha central es contra la hegemonía del capital financiero en la economía, pero ella envuelve al Estado por su propia financiarización, el sistema político deslegitimado por el carácter de las políticas económicas y por la ideología economicista que lo acompañan, la ideología cotidiana que el neoliberalismo introdujo y acentuó en la sociedad como un todo.

Se trata de un agotamiento del modelo de sociedad, de economía, de Estado y de cultura que fue propuesto en la última década y media.

Una ruptura con tal modelo requiere, en primer lugar, la reinserción soberana de Brasil en el plano internacional, lo que significa renegociación de la deuda externa, elaboración y puesta en práctica de una política estratégica de unificación de América Latina y de alianzas con las grandes potencias del Sur del mundo (comenzando por China y por India) y, por lo tanto, la ruptura con la política actual de alianzas privilegiadas y subordinadas con Estados Unidos, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Sin fuertes alianzas internacionales, no será posible una reinserción de Brasil en el plano internacional, por las rupturas y conflictos que ella implicará.

Significa, al mismo tiempo, una reforma radical del Estado brasileño, con su refundación democrática. Desfinanciarlo, con la renegociación de la deuda interna; sin embargo, mucho más que eso, con la implementación de formas de presupuesto participativo, con la reconstrucción de los sistemas político y electoral con la modificación de las formas de representación electoral en el Congreso para garantizar el criterio de un ciudadano y un voto, desprivatización de las campañas electorales. Por el tipo de transformaciones que el neoliberalismo introdujo en el Estado y en la sociedad brasileña, por el tipo de crisis económica, política, social e ideológica que engendró, lo que Brasil precisa es un plan de emergencia, que genere las condiciones para que la economía vuelva a crecer, para que el Estado vuelva a tener capacidad de regulación, para que las fuerzas populares vuelvan a tener poder de acción y de articulación de alianzas sociales.

Sin embargo, la estabilidad monetaria, aunque no sea suficiente para construir un nuevo consenso, continúa siendo altamente valorada por la mayoría de la población. Al mismo tiempo la política económica actual, centrada en el ajuste fiscal, se agotó, y no engendró un modelo hegemónico alternativo.

La inexistencia de un modelo hegemónico alternativo, así como de una política económica alternativa, introduce al país en una época de crisis hegemónica. La capacidad de dirección del bloque en el poder se agotó. Su propuesta de hacer de la estabilidad monetaria la llave del progreso económico y de la promoción social agotó su capacidad de movilización y de articulación de alianzas sociales y políticas.

Y no hay proyectos para cubrir este vacío. La acumulación de descontentos no encuentra ni un análisis que dé cuenta de ella ni un proyecto alternativo que los catalice. La izquierda se incluye en esto.

Su solución no consiste en un esquema monetario distinto, sino en un conjunto de propuestas políticas, que tiene dos ejes básicos: la redefinición de la inserción internacional de Brasil -incluyendo la renegociación de la deuda, un desplazamiento de las alianzas internacionales buscando fuerzas en los grandes países del sur excluidos de los tres megamercados como China y la India, una nueva política económica interna que haga que el Estado vuelva a asumir un papel de incentivador del proceso de desarrollo industrial y agrícola, con el apoyo al desarrollo tecnológico, etc.- y una radical reforma tributaria, con un recorte social definido, que permita atacar la otra mitad del Producto Interno Bruto, que según el entonces secretario del Ingreso Federal, Everardo Maciel, no paga impuesto, a comenzar por el sistema financiero.

Esto tiene que ser acompañado de una reforma radical del Estado, con su democratización, de la cual las políticas de presupuesto participativo son un embrión y deberán constituirse en su eje, en la dirección de la socialización de la política y del poder.

En segundo lugar, un voto de descontento como aquel expresado en las elecciones municipales de 2000, que no puede tener sus resultados trasladados mecánicamente al plano nacional, porque las elecciones municipales no plebiscitan la estabilidad monetaria, la principal trampa montada por los gobiernos neoliberales para la oposición, refleja un consenso pasivo, esto es, consultada, la población prefirió votar candidatos de la izquierda para administrar los municipios, por la prioridad que dan a las políticas sociales y por la forma honesta de administrar las finanzas públicas. Las prioridades enunciadas por Lula a lo largo de la campaña electoral proceden de allí -seriedad y justicia social-, pero no dan cuenta de los desafíos nacionales e internacionales de gobernar Brasil.

Tanto es así que, salvo en algunos pocos casos, la movilización popular fue pequeña o casi inexistente. Los mítines de calle no recuperaron su papel en las campañas electorales, que continuaron teniendo en la televisión casi que su único instrumento de expresión. El apoyo logrado por los candidatos vencedores no se basó así en el consenso activo, aquél que se expresa en la movilización popular, en la organización de la voluntad del pueblo, en la construcción de formas específicas de acción por parte de la población. Este apoyo es débil, puede ser estremecido rápidamente por las dificultades que una gestión democrática y popular tiene necesariamente que enfrentar si quiere transformar las relaciones de poder en la ciudad y, mucho más aún, en la sociedad como un todo.

En el plano nacional, la ausencia de un gran movimiento movilizador de la masa de la población será mucho más grave, por el tipo de rupturas necesarias -con los capitales financieros internacionales y sus instituciones, con las grandes corporaciones privadas nacionales e internacionales en el plano interno, con el inevitable choque frontal con el monopolio de los grandes medios de comunicación- y por las represalias desestabilizadoras que propiciará en la dirección de una nueva relación de fuerzas entre las clases. Si no interviene en las relaciones de poder, no hará nada y de nada, habrá servido haber vencido las elecciones. Pero para intervenir en ellas, necesita un fuerte apoyo popular.

En este sentido, el tipo de campañas electorales de Hugo Chávez en Venezuela, independientemente del tipo de gobierno que haga, son un indicador importante para la izquierda brasileña. En vez de buscar alianzas con sectores coyunturalmente disidentes de las élites en el poder -de lo cual la alianza con Paes de Andrade en 1998 fue todo un símbolo-, Chávez buscó el voto popular, mediante la condena de las élites como un todo. Conquistó así 70% del voto popular y la condena de las elites, pero se impuso a éstas por el apoyo popular conquistado, aunque el grado de inorganicidad popular en Venezuela sea mucho mayor que el brasileño.

Eso significa que la profundidad de las transformaciones que un gobierno de izquierda tendría que encarar supondría una victoria electoral maciza en términos cuantitativos, pero sobre todo debería ser producto de una campaña nacional de movilización popular capaz de generar un movimiento apto para dar sustentación a ese gobierno. Y al mismo tiempo, un discurso radical -esto es, democrático y popular- de innovación, priorizando la movilización de las capas más pobres de la población.

Por otro lado, los grandes sectores disponibles, sin liderazgo, son básicamente los sectores populares -los pobres de la ciudad y del campo-, "huérfanos" del Plan Real, disponibles para un nuevo liderazgo popular, lo que explica en parte la gran ascendencia conquistada por Lula. Que a su vez supone una candidatura que se dirija básicamente a estos sectores, con una plataforma popular y de democratización radical, mientras candidaturas como la de Itamar Franco pueden buscar una alianza que incluya amplios sectores de las camadas medias y del empresariado, especialmente el industrial y comercial.

La resistencia de la izquierda se apoyó en la denuncia de las consecuencias sociales negativas y en la fragilidad impuesta a la economía por la política económica. Sin embargo, ella no elaboró una interpretación propia, cualitativamente diferente de aquella que el Plan Real contiene. Ésta es indispensable para situar en qué momento histórico nos encontramos y aprender los dilemas actuales y las vías de superación de la crisis actual. Con tal que sepamos de que se trata esta crisis.

La crisis de hegemonía apunta, inicialmente, a la incapacidad del capital financiero, como clase privilegiada dentro del bloque en el poder, de mantener la alianza social que lo llevó a esa situación de liderazgo, promovida por el Plan Real. Éste, al elevar el combate a la inflación y al déficit fiscal y promover la estabilidad monetaria como objetivo central del país, consiguió constituir una amplia alianza, que unificó al gran empresariado, e incorporó a la mayoría de las camadas medias y parte significativa de los estratos populares. Aquella plataforma logró, por un cierto tiempo, de forma real o imaginaria, conquistar esos amplios sectores sociales.

La izquierda tiene hoy, como objetivo central en Brasil, luchar contra el neoliberalismo, pero, si quiere ser victoriosa, debe hacerlo con un proyecto alternativo. Con un proyecto de país, de sociedad, de nación, de Brasil. Partir de la trayectoria histórica del país, del desarrollo capitalista en Brasil, de las luchas de clase, de la trayectoria de los grandes sujetos sociales, para definir dónde nos encontramos, cuáles son los problemas contemporáneos del país, sus contradicciones y potencialidades. Definir a partir de eso con qué recursos -naturales,

económicos, sociales, políticos, culturales- contamos para enfrentar la lucha actual y para construir una nueva sociedad.

La construcción de otro tipo de país, de sociedad, de Estado, de nación, es el gran objetivo que cualquier gobierno democrático y popular tiene que plantear. Para transitar en esa dirección, será necesario un programa de emergencia que restablezca las condiciones mínimas de recomposición de la fuerza social que haga de la construcción de la nueva sociedad un proceso articulado y coherente.

Este programa tiene tres ejes fundamentales:

- una reinserción internacional, que incluye la renegociación de la deuda externa del país, con un alargamiento de los perfiles de la deuda o su suspensión hasta que Brasil esté en condiciones de encarar su pago sin sacrificios excesivos para la masa de la población. Ello supone que una política externa amplia y activa es condición indispensable de un programa de ruptura y superación del neoliberalismo, incluyendo alianzas prioritarias con los grandes países del sur del mundo excluidos de los tres megamercados mundiales;
- la resolución de la crisis fiscal del Estado mediante la renegociación de la deuda pública y una reforma tributaria con un profundo recorte social, que modifique sustancialmente, en el plano social, las fuentes de financiación pública. Una reforma radical del Estado, en la dirección de lo que apuntan las experiencias del presupuesto participativo, esto es, de la socialización de la política y del poder, con el involucramiento de sectores cada vez más amplios en las decisiones fundamentales de la gestión del Estado, avanzando en el proceso de transformación de los individuos en ciudadanos;
- políticas económicas que privilegien la redistribución de renta y los derechos sociales de la gran masa de la población pobre de la ciudad y del campo.

Notas

46 Un claro ejemplo de esta interpretación, con su rechazo explícito de la lucha anticapitalista, es el libro de Francisco Weffort, *Por que democracia*, São Paulo, Brasiliense, 1986.

47 José Luís Fiori, *Em busca do dissenso perdido*, Rio de Janeiro, In Sight, 1995.